

LOS HÉROES

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Raúl Sastre Letona
Revisión de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Heroes*

Publicado originalmente en inglés por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

Primera edición: 2012

Quinta edición: 2024

Mapa: © Dave Senior

Copyright © Joe Abercrombie, 2011. All rights reserved

© de la traducción: Raúl Sastre Letona, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-831-0

Depósito legal: M. 15.877-2024

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Eve.

Un día leerás esto y dirás:

«Papá, ¿a qué vienen tantas espadas?».

Orden de batalla

LA UNIÓN

EL ALTO MANDO

Lord mariscal Kroy: comandante en jefe de los Ejércitos de Su Majestad en el Norte.

Coronel Felnigg: jefe del estado mayor, un hombre con una notable carencia de barbilla.

Coronel Bremer dan Gorst: observador real de la Guerra del Norte y maestro espadachín caído en desgracia que, en su día, fue primer guardia del rey.

Rurgen y Joven: sus leales sirvientes, uno viejo y el otro... joven.

Bayaz, el Primero de los Magos: un mago calvo que supuestamente tiene siglos de edad y es un influyente miembro del Consejo Cerrado, formado por los consejeros más cercanos del rey.

Yoru Sulfur: su mayordomo, guardaespaldas y principal contable.

Denka y Saurizin: dos ancianos adeptos de la Universidad de Adua, unos académicos que están llevando a cabo un experimento para Bayaz.

LA DIVISIÓN DE JALENHORM

General Jalenhorm: un viejo amigo del rey, exageradamente joven para ocupar ese puesto, descrito como valiente pero inclinado a meter la pata.

Retter: su corneta de trece años.

Coronel Vallimir: el ambicioso comandante en jefe del Primer Regimiento de la Guardia Real.

Sargento primero Forest: suboficial en jefe del estado mayor del Primer Regimiento.

Cabo Tunny: veterano aprovechado y portaestandarte del Primer Regimiento.

Soldados Yema, Klige, Worth y Lederlingen: reclutas negados que están a las órdenes de Tunny como mensajeros.

Coronel Wetterlant: el puntilloso oficial al mando del Sexto Regimiento.

Comandante Culfer: su nervioso segundo al mando.

Sargento Gaunt y soldado Rose: soldados del Sexto Regimiento.

Comandante Popol: al mando del primer batallón del Regimiento de Rostod.

Capitán Lasmark: un desarrapado capitán del Regimiento de Rostod.

Coronel Vinkler: valeroso oficial al mando del Decimotercer Regimiento.

LA DIVISIÓN DE MITTERICK

General Mitterick: un soldado profesional de gran mentón y escasa lealtad, considerado listo pero temerario.

Coronel Opker: su jefe del estado mayor.

Teniente Dimbik: un inseguro y joven oficial a las órdenes de Mitterick.

LA DIVISIÓN DE MEED

Lord gobernador Meed: un militar aficionado con cuello similar al de una tortuga que, en tiempos de paz, es el gobernador de

Angland. Se dice que odia a los norteños tanto como un cerdo a los carniceros.

Coronel Harod dan Brock: un honrado y laborioso miembro del estado mayor de Meed, hijo de un famoso traidor.

Finree dan Brock: la venenosamente ambiciosa esposa del coronel Brock, hija del lord mariscal Kroy.

Coronel Brint: oficial de alto rango del estado mayor de Meed, viejo amigo del rey.

Aliz dan Brint: la ingenua y joven esposa del coronel Brint.

Capitán Hardrick: un oficial del estado mayor de Meed, que suele llevar pantalones muy ceñidos.

LOS UNIONISTAS DEL SABUESO

El Sabueso: jefe de la facción norteña que lucha en el bando de la Unión. Antiguo compañero de Nueve el Sanguinario. En su día amigo de Dow el Negro, ahora es su encarnizado enemigo.

Sombrero Rojo: el segundo del Sabueso, que suele llevar una capucha roja.

Corrusco: un Mejor Guerrero curtido en mil batallas, que lidera una docena para el Sabueso.

Cuervorrojo: uno de los carls de Corrusco.

EL NORTE

EL OCUPANTE DE LA SILLA DE SKARLING Y SUS ADLÁTERES

Dow el Negro: el protector del Norte, o el usurpador, según a quién se pregunte.

Pezuña Hendida: su segundo al mando, es decir, su guardaespaldas jefe y lameculos.

Ishri: su consejera, una hechicera del desértico Sur, enemiga acérrima de Bayaz.

Caul Escalofríos: un Mejor Guerrero con el cuerpo lleno de cicatrices y un ojo de metal, a quien algunos llaman el perro de Dow el Negro.

Curnden Buche: un Mejor Guerrero que es un hombre recto. En su día fue el segundo de Rudd Tresárboles, luego fue amigo de Bethod y ahora lidera una docena para Dow el Negro.

Maravillosa: su sufrida segunda.

Whirrun de Bligh: famoso héroe procedente del lejano Norte, cuya arma es el Padre de las Espadas. También lo llaman el Tocado del Ala, ya que tiene el ala muy tocada.

Jovial Yon Cumber, Brack-i-Dayn, Scorry Sigiloso, Agrick, Athroc y Drofd: otros miembros de la docena de Buche.

LOS HOMBRES DE SCALE

Scale: es el hijo mayor de Bethod y el menos poderoso de los cinco jefes guerreros de Dow, fuerte como un toro, valiente como un toro y con el cerebro de un toro también.

Pálido como la Nieve: en su día fue uno de los jefes guerreros de Bethod, ahora es el segundo de Scale.

Hansul Ojo Blanco: un Mejor Guerrero ciego de un ojo que en su día fue el heraldo de Bethod.

El «príncipe» Calder: el hijo menor de Bethod, un infame cobarde e intrigante, exiliado temporalmente por haber sugerido sellar la paz.

Seff: su esposa embarazada, hija de Caul Reachey.

Hondo y Somero: un par de asesinos que protegen a Calder con la esperanza de hacerse ricos.

LOS HOMBRES DE CAUL REACHEY

Caul Reachey: uno de los cinco jefes guerreros de Dow, guerrero de edad avanzada, famoso por su honorabilidad, padre de Seff y suegro de Calder.

Brydian Riada: un Mejor Guerrero que perteneció en su día a la docena de Buche.

Beck: un joven granjero que ansía la gloria en el campo de batalla, hijo de Shama el Cruel.

Reft, Colving, Stodder y Brait: otros jóvenes reclutados al mismo tiempo que Beck.

LOS HOMBRES DE GLAMA DORADO

Glama Dorado: uno de los cinco jefes guerreros de Dow, insoponible por su vanidad, enemistado con Cairm Cabeza de Hierro.

Sutt Quebradizo: un Mejor Guerrero notablemente codicioso.

Sueñoligero: un carl al servicio de Dorado.

LOS HOMBRES DE CAIRM CABEZA DE HIERRO

Cairm Cabeza de Hierro: uno de los cinco jefes guerreros de Dow, famoso por su cabezonería, enemistado con Glama Dorado.

Ricitos: un explorador tenaz.

Irig: un hachero arisco.

Malgenio: un arquero malhablado.

OTROS

Brodd Diezcaminos: el más leal de los cinco jefes guerreros de Dow, más feo que pegarle a un padre.

El Extraño que Llama: un gigante salvaje obsesionado con la civilización, jefe de todas las tierras al este del Crinna.

DE VUELTA AL BARRO

(MUERTOS, DADOS POR MUERTOS O MUERTOS HACE MUCHO)

Bethod: el primer rey de los norteños, padre de Scale y Calder.

Skarling el Desencapuchado: héroe legendario que en su época unió a todo el Norte para enfrentarse a la Unión.

Nueve el Sanguinario: en su día fue el campeón de Bethod, el hombre más temido del Norte y, por muy poco tiempo, rey de los norteños antes de que lo matara Dow el Negro (o eso se supone).

Rudd Tresárboles: famoso y honorable jefe de Uffrith, que luchó contra Bethod y al que Nueve el Sanguinario derrotó en duelo.

Forley el Flojo: guerrero famoso por su debilidad, compañero de Dow el Negro y el Sabueso, al que Calder ordenó asesinar.

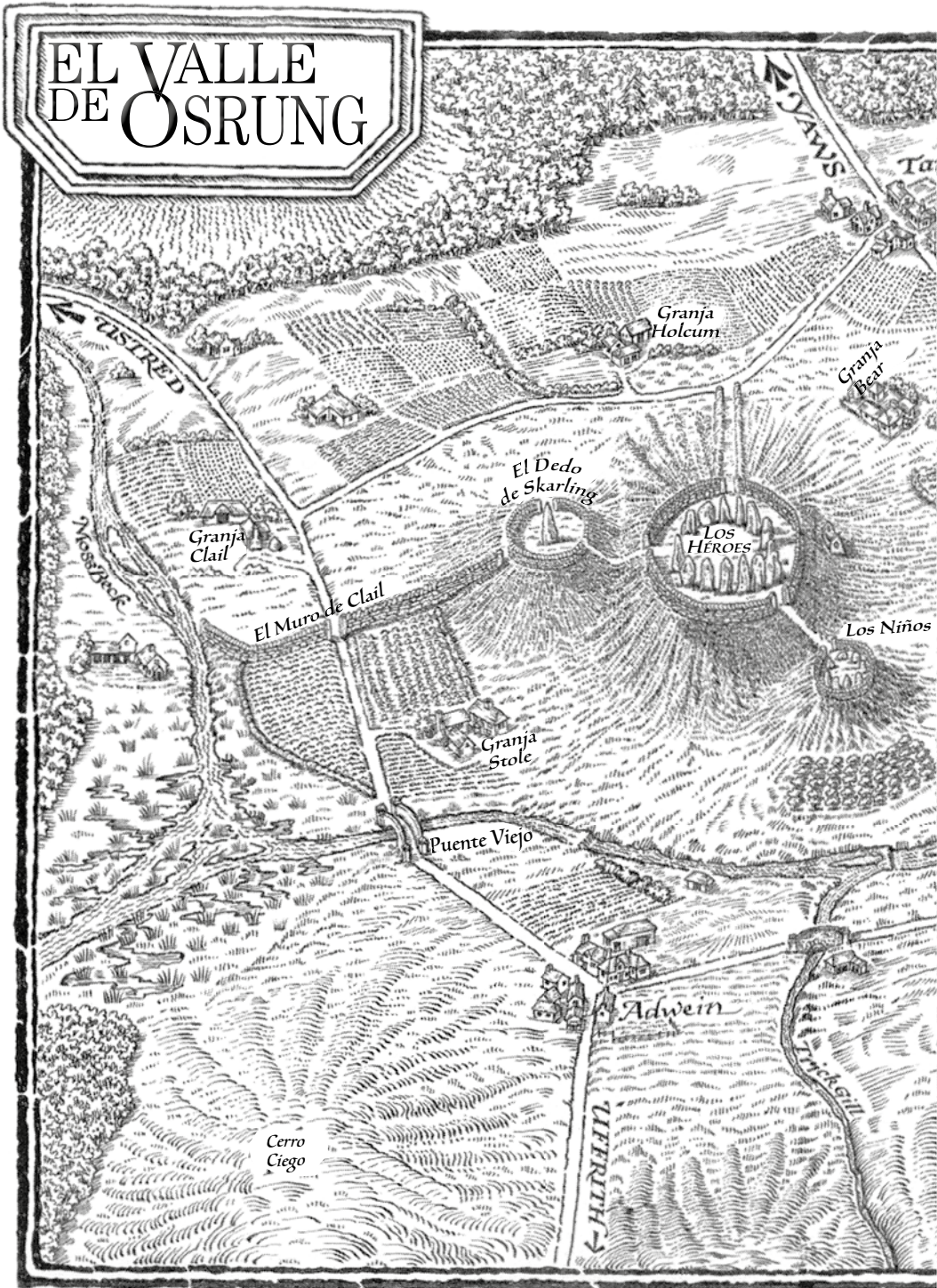
Shama el Cruel: famoso campeón que murió a manos de Nueve el Sanguinario. El padre de Beck.

Antes de la batalla

«Pobre del país que necesita héroes.»

Bertolt Brecht

EL VALLE DE OSRUNG



Granja Clail

El Muro de Clail

Granja Stole

Puente Viejo

Cerro Ciego

Granja Holcum

Granja Bear

El Dedo de Skarling

LOS HEROES

Los Niños

Adwain

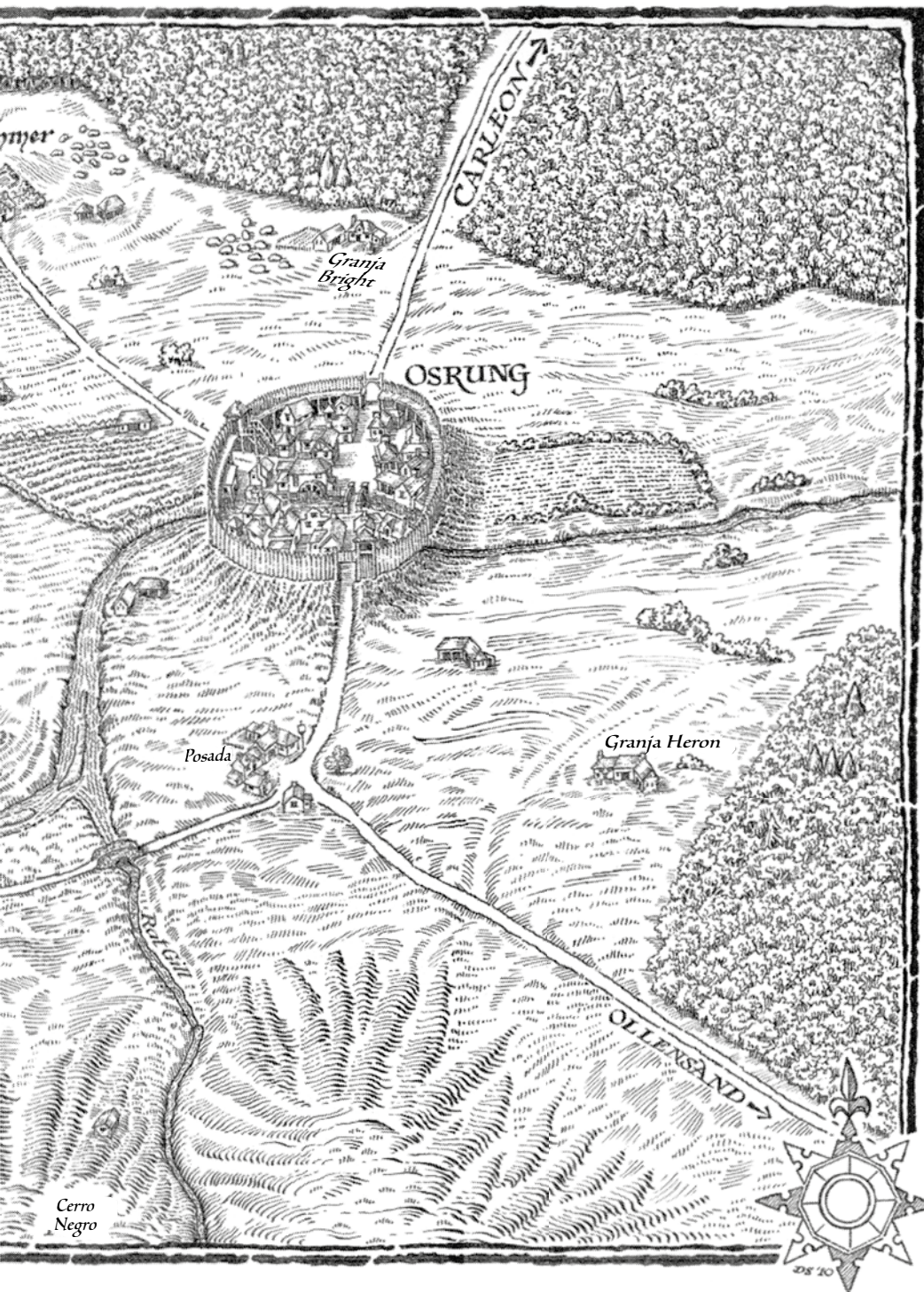
VISTRED

Mossbac

ADWAIN

ADWAIN

ADWAIN



omer

Granja
Bright

OSRUNG

Posada

Granja Heron

Cerro
Negro

28 10

El signo de los tiempos

—Soy demasiado viejo para esta mierda —masculló Buche, haciendo una mueca de dolor cada vez que apoyaba el peso en la rodilla fastidiada.

Ya iba siendo hora de retirarse. Ya hacía mucho que había pasado la hora. Debería estar sentado en el porche trasero de su casa fumando en pipa, sonriendo al mar mientras el sol se ponía, después de un día de trabajo honrado. No es que tuviera casa. Pero, cuando la tuviera, sería de las buenas.

Logró abrirse camino a través de un agujero en un muro derruido, con el corazón aporreándole como un mazo de carpintero. Por el largo camino en pronunciada pendiente, por la maleza que se le enganchaba en las botas, por el viento abusón que intentaba derribarlo. Pero sobre todo, si era sincero consigo mismo, por el miedo a que lo mataran allá arriba. Nunca había alardeado de ser un hombre valiente y, con el paso del tiempo, se había vuelto aún más cobarde. Era raro: cuantos menos años te quedan por perder, más temes perderlos. Tal vez un hombre recibe una cierta cantidad de valor al nacer y la va agotando con cada lío en el que acaba metido.

Buche se había metido en un montón de líos. Y daba la impresión de que estaba a punto de enredarse en uno nuevo.

Se tomó un respiro en cuanto llegó por fin a terreno llano, se agachó y se frotó los ojos, que le lloraban por el viento. Intentó contener la tos, pero solo consiguió que sonara más fuerte. Los Héroes se alzaban imponentes en la oscuridad delante de él, inmensos agujeros en el cielo nocturno donde no brillaban estrellas, con cuatro veces o más la altura de un hombre. Gigantes olvidados, abandonados en la cima de su colina a los embates del viento. Montando testaruda guardia sobre nada.

Buche se preguntó cuánto podrían pesar esos enormes pedruscos. Solo los muertos sabían cómo habrían podido arrastrar las putas rocas hasta allí. O quiénes. O por qué. Pero los muertos no se lo iban a contar y Buche no pensaba unirse a ellos solo para averiguarlo.

Divisó el tenue resplandor de un fuego entre los contornos irregulares de las piedras. Oyó el murmullo de voces entre el gruñido grave del viento. Eso le hizo recordar el riesgo que estaba corriendo, y lo invadió una nueva oleada de miedo. Pero el miedo era algo sano, siempre que te hiciera pensar. Eso se lo había dicho Rudd Tresárboles, hacía mucho tiempo. Buche había pensado y pensado, y aquello era lo que debía hacer. O la opción menos mala, al menos. A veces no se podía aspirar a más.

Así que respiró hondo e intentó recordar cómo se sentía de joven, cuando no le dolían las articulaciones y le importaba todo una mierda, antes de escoger un hueco entre dos de aquellas enormes y antiguas rocas y cruzarlo con paso tranquilo.

Quizá aquel hubiera sido un lugar sagrado en tiempos inmemoriales, quizá esas rocas atesoraran una potente magia, quizá fuera el peor de los delitos entrar en ese círculo sin haber sido invitado. Pero si Buche estaba ofendiendo a alguno de los antiguos dioses, no tenían forma de mostrarlo. El viento amainó a un suspiro lúgubre, nada más. La magia era un bien escaso y tampoco quedaban muchas cosas sagradas. Ese era el signo de los tiempos.

La luz danzaba en las caras interiores de los Héroes, un tenue naranja en la basta piedra salpicada de musgo, envuelta de zarzas viejas y ortigas y hierbas. Una de las rocas estaba partida a media

altura y otras dos se habían venido abajo con el paso de los siglos, dejando huecos que parecían dientes ausentes en la sonrisa de una calavera.

Buche contó ocho hombres, apiñados alrededor de una hoguera azotada por el viento, cubiertos con capas remendadas y abrigos raídos, arrebujados en mantas hechas jirones. La luz de la hoguera titilaba sobre rostros demacrados, llenos de cicatrices, sin afeitar o barbudos. Relucía en los brocales de sus escudos, en las hojas de sus armas. Muchas armas. Aunque los hombres eran más jóvenes en general, de noche no tenían un aspecto muy diferente al del grupo de Buche. Probablemente, no eran muy distintos. Hasta llegó a pensar por un momento que uno de ellos, al que veía de perfil, era Jutlan. Sintió ese hormigueo del reconocimiento, esas ganas de saludar aflorando a los labios. Entonces recordó que Jutlan llevaba doce años en la tumba y que él mismo había hablado en su entierro.

Quizá solo existiera un número limitado de caras en el mundo. Y cuando uno se hacía lo bastante viejo, empezaba a verlas reutilizadas.

Buche alzó las manos abiertas, con las palmas hacia delante, haciendo lo posible para que le dejaran de temblar.

—¡Buenas noches!

Las caras giraron de golpe. Las manos fueron a las armas. Uno cogió un arco y a Buche se le encogieron las entrañas, pero, antes de que tensara la cuerda para disparar, el hombre de al lado sacó un brazo y le bajó el arma.

—Tranquilo, Cuervorrojo.

El que había hablado era un hombre robusto, con una hirsuta barba gris y una reluciente espada desenvainada y lista sobre las rodillas. Buche tuvo motivo para componer una sonrisa rara en él, porque reconocía esa cara y aquello empezaba a pintar un poco mejor.

Se llamaba Corrusco, y era un Mejor Guerrero al que conocía desde hacía mucho. Buche había combatido en el mismo bando que él en unas cuantas batallas a lo largo de los años, y en el

bando contrario en otras cuantas más. Pero tenía buena reputación. Un hombre curtido que solía pensar las cosas, no matar primero y luego hacer las preguntas, que era la forma de comportarse que estaba volviéndose más popular. Por lo visto, era el jefe de ese grupo, ya que el chico llamado Cuervorrojo soltó el arco de mala gana, para gran alivio de Buche. No quería que esa noche muriera nadie, y no le avergonzaba reconocer que él mucho menos que nadie.

Pero todavía quedaban horas de oscuridad por delante y había mucho acero afilado cerca.

—Por los muertos. —Corrusco seguía sentado, tan inmóvil como los Héroe, pero sin duda su mente trabajaba a toda velocidad—. O mucho me equivoco o Curnden Buche acaba de aparecer en plena noche.

—No te equivocas —dijo Buche.

Dio unos pasos lentos hacia delante, con las manos aún en alto, haciendo lo posible por aparentar ligereza con ocho pares de ojos ariscos abrumándolo.

—Tu pelo se ha vuelto más gris, Buche.

—El tuyo también, Corrusco.

—Bueno, ya sabes. Hay una guerra en marcha. —El viejo guerrero se dio unas palmadas en el estómago—. Me hace polvo los nervios.

—Los míos también, la verdad.

—¿Quién querría ser soldado?

—Es un trabajo de mierda. Pero dicen que los caballos viejos no pueden saltar vallas nuevas.

—Yo ya prefiero no saltar nada —respondió Corrusco—. Tenía entendido que luchas con Dow el Negro. Tú y tu docena.

—Procuro luchar lo menos posible, pero en cuanto a por quién lo hago, tienes razón. Dow es quien me paga las gachas.

—Me encantan las gachas. —Corrusco posó la mirada sobre el fuego y lo atizó pensativo con una ramita—. La Unión me paga a mí las mías ahora. —Sus chicos se habían puesto nerviosos, con lenguas lamiendo labios, dedos acariciando armas, ojos brillando al fuego. Como los espectadores de un duelo que observaban los

primeros movimientos, intentando adivinar quién llevaba ventaja. Corrusco volvió a alzar la mirada—. Lo cual parece colocarnos en bandos opuestos.

—¿Vamos a dejar que una tontería como los bandos nos estropee una conversación educada? —preguntó Buche.

Como si la palabra «educada» fuese un insulto, Cuervorrojo volvió a enrojecer de ira.

—¡Matemos a este cabrón!

Corrusco se volvió lentamente hacia él, con la cara contraída de desdén.

—Si ocurre lo imposible y necesito que aportes algo, ya te lo diré. Hasta entonces, cierra el pico, memo. Un hombre de la experiencia de Curnden Buche no sube hasta aquí arriba solo para que lo mate alguien como tú. —Lanzó una mirada entre las piedras y la devolvió hacia Buche—. ¿Por qué has subido hasta aquí tú solo? ¿No quieres luchar más con ese cabrón de Dow el Negro y vienes a unirme al Sabueso?

—La verdad es que no. Luchar por la Unión no va mucho conmigo, sin ánimo de ofender a quienes lo hacen. Todos tenemos nuestras razones.

—Yo procuro no juzgar a un hombre solo por los amigos que escoge.

—Siempre hay buenos hombres a los dos lados de una buena pregunta —dijo Buche—. El caso es que Dow el Negro me pidió que me acercara a los Héroe y montara guardia un rato, a ver si la Unión venía por aquí. Pero igual puedes ahorrarme la molestia. ¿La Unión viene por aquí?

—No sé.

—Pero aquí estás.

—Tampoco hagas mucho caso. —Corrusco miró sin mucha alegría a los chicos de alrededor del fuego—. Como puedes ver, a mí también me han enviado más o menos solo. El Sabueso me pidió que me acercara a los Héroe y montara guardia, a ver si Dow el Negro o los suyos se presentaban. —Arqueó las cejas—. ¿Crees que lo harán?

Buche sonrió.

—No sé.

—Pero aquí estás.

—Tampoco hagas mucho caso. Solo estamos mi docena y yo. Menos Brydian Riada, que se rompió una pierna hace unos meses y tuvimos que dejarlo atrás recuperándose.

Corrusco compuso una sonrisa triste, removió el fuego con la ramita y levantó una nube de chispas.

—Siempre llevas cerca a tu gente. Seguro que la tienes repartida alrededor de los Héroe, con los arcos preparados.

—Algo así.

Los hombres de Corrusco miraron todos a un lado, boquiabiertos. Sorprendidos por la voz que llegaba desde ninguna parte, aún más sorprendidos de que fuese de mujer. Maravillosa estaba con los brazos cruzados, la espada envainada y un arco sobre el hombro, apoyada en uno de los Héroe tan tranquila como si fuese la pared de una taberna.

—¿Qué hay, Corrusco?

El viejo guerrero hizo una mueca.

—¿No puedes ni tener una flecha cargada, para que parezca que nos tomas en serio?

Maravillosa señaló con la cabeza hacia la oscuridad.

—Por ahí atrás hay unos chicos dispuestos a clavarte una flecha en la cara, si cualquiera de vosotros nos mira mal. ¿Así te sientes mejor?

Corrusco contrajo aún más la cara.

—Sí y no —respondió mientras sus muchachos escrutaban los huecos entre las piedras, en la noche repentinamente cargada de amenaza—. Aún sigues siendo la segunda de este tipo, ¿verdad?

Maravillosa se rascó la larga cicatriz que se le veía entre el pelo rapado.

—No he tenido ninguna oferta mejor. Somos como un matrimonio de viejos que lleva años sin follar y ya solo discute.

—Mi esposa y yo éramos así hasta que murió. —Corrusco dio unos golpecitos con el dedo a su espada desenvainada—. Pero aho-

ra la echo de menos. Suponía que estabas acompañado desde que te he visto, Buche. Pero, como seguís dándole a la lengua y yo sigo respirando, supongo que vais a darnos una oportunidad de arreglar esto hablando.

—Supones de puta madre —dijo Buche—. Ese es justo el plan.

—¿Mis centinelas siguen vivos?

Maravillosa giró la cabeza y dio uno de sus silbidos. Al instante, Sorry Sigiloso salió de detrás de una piedra. Rodeaba con un brazo a un hombre que tenía un gran antojo rosado en la mejilla. Casi parecían viejos amigos, hasta que uno se fijaba en que Sorry llevaba un cuchillo en esa mano, con cuyo filo acariciaba la garganta de Antojo.

—Lo siento, jefe —le dijo el prisionero a Corrusco—. Me ha pillado con la guardia baja.

—Son cosas que pasan.

Un chaval flacucho entró dando tumbos en la luz de la hoguera como si lo hubieran empujado, tropezó y cayó cuan largo era a la alta hierba soltando un chillido. Jovial Yon salió de la oscuridad tras él, llevando en la mano con ligereza un hacha, el pesado filo brillante a la altura de su bota, el pesado ceño oscureciendo su barbuda cara.

—Gracias a los muertos. —Corrusco señaló con la ramita al muchacho, que se estaba poniendo en pie—. Es el hijo de mi hermana. Le prometí que cuidaría de él. Si lo hubieras matado, no dejaría nunca de darme la lata con eso.

—Estaba dormido —gruñó Yon—. No vigilabais con mucho cuidado, ¿eh?

Corrusco se encogió de hombros.

—No esperábamos a nadie. Si hay dos cosas que estamos aburridos de ver en el Norte, son colinas y piedras. No pensé que una colina con piedras fuera a ser una gran atracción.

—Para mí no lo es —respondió Buche—, pero Dow el Negro nos ordenó que bajáramos hasta aquí...

—Y cuando Dow el Negro ordena algo... —dijo Brack-i-Dayn medio cantando las palabras, como solían hacer los montañeses, y